

ERNESTO MONTENEGRO

SUPERVIVENCIA DE CARLOS
PEZOA VELIZ

LA OBRA poética de Pezoa Véliz es corta, como fue su vida, pero con la densidad y el vigor de su contenido comienza a salir triunfante de la prueba de medio siglo que lleva desde la aparición del volumen póstumo "Alma Chilena", impreso en Valparaíso a los cuatro años del fallecimiento del poeta, en 1908. Cincuenta años es un plazo suficiente para que se aclare la atmósfera de la polvareda que levanta cualquiera obra literaria de algún valor. Las simpatías o resistencias que provoca la persona de un artista, se borran al paso de más de dos generaciones que siguieron sus huellas, y si algo queda de su obra será la pura esencia, sublimada en belleza incorpórea duradera.

Tal es el caso de Pezoa Véliz. Ha llegado pues la hora de preguntarse: ¿qué otro poeta de su tiempo está tan "vivo" como él? Ese otro podría ser Diego Dublé Urrutia, que le sobrevive hasta hoy, y precisamente permanece en la memoria de nuestra gente por la virtud de poemas suyos ("La heredad perdida" y "La procesión de San Pedro"), donde también se respira el ambiente de la tierra nativa y se saborea el humor agridulce de nuestro pueblo, tal como ocurre con los mejores versos de Carlos Pezoa. De los demás, quedarán algunas bellas imágenes o ritmos sonoros, que lo mismo pudieron haber sido acuñados en cualquier otro ámbito del habla castellana. Y si Dublé se salva al fin, no será por cierto a causa de haber aprendido su arte en los maestros del Siglo de Oro español, sino por sus aciertos en la vena nativa.

Pero Pezoa es diferente a todos sus contemporáneos, como el propio Dublé llegó a percibirlo. Pezoa admiraba como un salvaje la destreza verbal de su amigo; pero éste sabía de sobra que Pezoa no había hecho su aprendizaje en nadie, sino hurgando en su propia

entraña. Por eso, si bien el poeta de "Alma Chilena" debía dejar una cohorte creciente de admiradores, no ha tenido un solo continuador hasta hoy.

Esos años de principios del siglo fueron tiempos de renovación cultural y social para Chile. Nuestra capital se remozaba: el asfalto Trinidad y los tranvías eléctricos, al desterrar los desvencijados coches de posta, iban a imprimir un ritmo acelerado a Santiago. Los libros a precio módico, en traducciones igualmente baratas, traían ráfagas revolucionarias al ambiente, en las ciencias, las artes y las ideas sociales. Las escuelas universitarias y profesionales entreabrían ya sus puertas a los estudiantes con falda larga y moño en la nuca, y dentro de la misma casa universitaria se aposentaba una falange de escribientes que iban en camino de convertirse en escritores. Entre ellos estaba un desertor del campamento de las minas de carbón de Curanilahue, de nombre Baldomero Lillo, que de allá traía un bagaje de experiencia y una conciencia profunda de la responsabilidad social de la literatura.

LA GENERACION DEL CENTENARIO

Todos ellos desembocaron en el Ateneo, donde alternaban historiadores y memorialistas de la antigua escuela, con una juventud impaciente por ensayar nuevas formas, en la novela, el teatro y la poesía. Las revistas ilustradas "Luz y Sombra", "La Lira Chilena" y sobre todo, "Pluma y Lápiz", acogían sus ensayos, algo ingenuos sin duda, pero también fervorosos de entusiasmo. En este último semanario, Marcial Cabrera Guerra tuvo el tino de espigar en la obra primigenia de Rubén Darío, Lugones, Valencia y demás poetas de vanguardia en América, entremezclándolos con traducciones de las novedades sensacionales de la vieja Europa, Oscar Wilde, Maeterlinck, Ibsen, Dannunzio y demás. En una de esas revistas de circunstancias aparecieron los primeros relatos de Federico Gana, los poemas de Pedro Antonio González y los ensayos en verso de Carlos Pezoa Véliz.

Al frente de esa juventud criolla se había puesto como por derecho natural un joven que respondía a un nombre de entonación desembozadamente foránea, Augusto Thomson. De gentil presencia y con una voz de amplio registro, se enseñoreaba de la atención de sus oyentes en la tribuna del Ateneo, en la sala de redacción de las revistas literarias o en los talleres de los pintores, señalando rumbos, descubriendo maestros más o menos auténticos, más allá del angosto

horizonte nativo y manejándose con irresistible arte de persuasión para imponer sus normas estéticas a sus catecúmenos. Un día, por mero alarde de probar su virtuosismo en el manejo de cualquier estilo literario, lanzó como un petardo su novela naturalista "La Lucero". El joven maestro se acercaba ya a los diecinueve años de edad. Entre los posibles devotos que asistían a su capilla, creyó él poder contar con el joven poeta Carlos Pezoa Véliz.

Hay suficientes razones para afirmar que esa adhesión estaba bastante impregnada de oportunismo y truhanería. Pezoa se mantuvo siempre alejado de los cenáculos artísticos. Como el lobo estepario, entraba y salía en busca de su presa, y regresaba a su cubil de los arrabales. Su juventud de muchacho desheredado le mantenía en esa actitud siempre en guardia contra la intrusión ajena. En arte como en la vida fue un cazador furtivo, rebelde a las disciplinas impuestas por los demás, a cambio de no ser infiel a su propia naturaleza.

Thomson, más tarde convertido en D'Halmar, ha de contarnos en el Epílogo que escribió en memoria de Pezoa para "Alma Chilena", cómo éste le salió un día al encuentro en la Alameda de Santiago y se ofreció a acompañarle camino de la estación. Pezoa iba embozado en un largo poncho, acaso por disimular la falta de la chaqueta única, ahora consignada a la casa de préstamos. Esa pareja tan despereja, debió polarizar todas las miradas en el paseo de moda de la capital, sin dejar de mortificar un poquito ese sentido de pulcritud externa siempre desvelado en D'Halmar; y sospecho que la escena regocijaría por dentro al otro, en su incorregible malicia y picardía. En otra ocasión, ya pronto a embarcarse para la India a servir el cargo de cónsul en Calcuta, D'Halmar recuerda que Pezoa le declaró cuánto sentía no poder acompañarle, ahora que iba a necesitar a su lado alguien con sentido práctico, en un mundo extraño. Y D'Halmar no puede menos que encontrar divertidas esas pretensiones de hombre práctico en un poeta, sin detenerse a considerar que un hombre que ha debido abrirse paso en la vida desde tan abajo, se ha ganado desde temprano una experiencia del mundo que jamás podrá aprenderse en los libros, y que ha de ser la que habilite a Pezoa para crear su aporte original único a nuestra literatura.

LOS AÑOS DE APRENDIZAJE

Porque en Pezoa Véliz se personifica en grado excepcional el fenómeno de un artista literario con pocas letras, que llegará en su

hora a sacar ventajas de sus propias limitaciones y fracasos. Si, como se ha dicho, Pezoa fue hijo natural de un inmigrante español y una mujer del pueblo, su origen mestizo renueva en él ese forzado ayuntamiento histórico de dos razas, de donde suelen salir tantos de esos seres inquietos y descontentadizos, a los que la humanidad debe sus más agudos dolores de cabeza junto con los bienes del arte, la ciencia y la renovación de las ideas. ¿Ha reparado alguien en cómo abundan en los versos de Pezoa, y se entrometen con sus dichos criollos, las palabras y giros de corte netamente peninsular? Bien pudieran provenir del hecho de no haber conocido el poeta otra lengua y otras lecturas que las de origen castellano; pero también sería posible que Pezoa niño alcanzó a convivir con su padre inmigrante, en esa edad en que el habla como todo se incrusta indeleblemente en nuestra memoria.

Poco después de la aparición de "Alma Chilena" vino a verme un joven alto y moreno, que se presentó por el nombre de Pezoa, diciéndose primo hermano carnal del poeta. Una mirada atenta me mostró en el corte de pelo duro y revuelto y en otros rasgos de la fisonomía, ese aire de familia inconfundible, siempre más convincente que un certificado de identidad. Esto me llevó a pensar que podrían conciliarse las divergencias relativas al origen de Pezoa Véliz con aceptar la suposición de que su madre fuera pariente del marido o la esposa del matrimonio Pezoa-Véliz, y con esto se explicaría el parecido de mi visitante con el poeta, dajando así despejado el misterio.

Hay fundamento de sobra para suponer que la infancia de Carlos debió ser accidentada y trabajosa, para él tanto como para su familia. La falta de la autoridad paterna le dejaría librado a todas las rebeldías del instinto, al par que una educación descuidada le empujaba rudamente hacia la aventura del vagabundaje y los azares de la miseria. Entonces fue cuando conoció la vida de cuartel, que por lo menos le aseguraba el sustento y el vestuario, y con el rigor de la disciplina, se vería forzado a buscar su desahogo, confiando sus pensamientos y preocupaciones a un cuaderno de memorias.

Cuando más tarde se siente tentado a participar en desafíos a contrapunto con pie forzado en las fondas y tabernas del Puerto (Valparaíso), no hace más que continuar acumulando experiencias para lo que ha de ser su verdadera vocación. Al ensayar la vena popular no tardará en descubrir la índole del genio nacional, su humor intencionado y socarrón. En la competencia con los "puetas" repentistas halla además satisfacción para su temperamento comba-

tivo, de naturaleza zumbana y sarcástica. Al mismo tiempo, se le ofrece en el verso de cartel, con sus toscos grabados en cuero o linóleo, un medio seguro de ganar algún dinero, y con el nombre de guerra de *Juan Mauro Bío-Bío*, a medias moruno y araucano, ensartará rumas de décimas, que van a endilgarlo como al acaso por el camino del verso corto y cargado de intención, que lo llevará por sus pasos contados al descubrimiento de sí mismo y de su expresión natural.

Así es cómo Pezoa Véliz alcanzará esa etapa de su temprana madurez, en que va a pasar de la pintura visual de cuadros campestres tales como "Los Pájaros" y "En Tren", al trazo punzante de caracteres que cobrarán vida y convicción categórica en "Pancho Tomás", el poema donde el autor nos presenta el retrato confidencial de su doble personalidad, sensitiva y ensoñadora en Tomás, con instintos de hombre de presa en el incorregible Pancho. La intuición del verdadero artista, siempre alerta y nunca satisfecha, le ha soplado al oído al poeta que su genio juguetón y atormentado a la vez, pide la fuerte disciplina del verso breve, como el molde justo donde su fantasía ha de plasmarse con relieve y densidad cabal. Dentro de esos límites estrechos, se verán forzados a saltar por la borda los *ripios* que suelen sobrenadar en sus versos de arte mayor, y con ellos quedará también eliminada la tentación a dejarse deslizar por la pendiente de la perífrases retumbante o la metáfora hueca en que naufragaron hasta poetas de alta ambición.

LA CONCIENCIA DEL ARTISTA LITERARIO

Esa sobriedad común a Pezoa Véliz en verso y a Baldomero Lillo en prosa, los hermana por encima de la contextura a veces floja de una frase, y de una imagen o rima antojadiza. Lo que hay de excepcional en uno y otro es su honradez, su sentido de responsabilidad artística, que les pone a salvo de la fraseología de moda, y también del preciosismo, salvo en ciertos caprichos momentáneos. Mientras no pierden de vista la realidad esencial, su imaginación puede salir a volar libremente en busca de alimento fresco para esa porción de nuestra naturaleza, que no se contentará jamás si no le guardamos su parte al misterio interior.

Esto ha de aparecer en el tono grave y transido de piedad humana de "Entierro de campo" y en la melancolía crepuscularia de "La primera lluvia", donde se ve cómo va ganando el poeta en simpatía y comprensión. Mientras le llevaron de un lado a otro los

impulsos desatados de la juventud y las ansias del desquite, poco parecía importarle la suerte de los demás y aun se diría que odiaba al pueblo por su pasividad, por su envilecimiento:

*¡Pobre peón! Sus padres idos
eran brutos y hasta idiotas
que no hicieron otros ruidos
que el de sus toscas ojotas.*

Pero con los años y los padecimientos se dejará ablandar su corazón y se aclara su perspectiva del mundo, y entonces, junto con reconciliarse con su destino, vuelve a acercarse al pueblo, ya no con la altivez de sus años mozos, sino con esa expresión risueña y fraternal del reconocimiento. No han pasado diez años desde que salió a vagar en busca de mejor suerte, y ya ha gando la certidumbre de que este don incomparable de la vida le fue dado realmente para que acopiara los frutos amargos de su experiencia en versos, de donde destila la efusión cordial de su genio. Recorrió la pampa salitrera, buscando suscripciones para un diario porteño; pero lo único de valor que trajo de allá fue el poema "De vuelta de la pampa" y el relato en prosa "El taita de la Oficina". Tuvo su "momento de oro" como cualquier otro; una vez en la tribuna del Ateneo, cuando arrebató a la juventud santiaguina con el soplo vital y la fuerte contextura de su "Pancho y Tomás". Nada semejante se había oído hasta entonces en aquel recinto mundano y académico. Los balbuceos de los primeros criollistas y los sondeos psicológicos de los monólogos de D'Halmar, no podían tener la resonancia de una poesía de robusta carnadura, que se presentaba revestida de imágenes preñadas con el acento de la vida chilena, en un ambiente que *huele* a campo recién arado.

El otro momento culminante de su vida se presenta brindándole la secretaría de la Municipalidad de Viña del Mar. La suerte ha dado un viraje algo tardío, pero llega cargada de promesas. Vestido como un figurín, se le ve ahora pasear en victoria por las playas y frecuentar los casinos elegantes. Se comentan los tés semanales de Pezoa Véliz, a los que concurren las celebridades literarias del momento. Ya no se habla de versos, sino de compromisos sociales y de política. Pero llega el terremoto del año 6 y todo se viene abajo. El poeta ha caído entre los escombros, con una pierna tronchada, y no hay medio de curarlo bien en la confusión de esos días. Se hace llevar a Santiago, y pasa un año entero en el hospital de San

Vicente, consumiéndose en la vana espera de una mejoría. Allí escribe su "Tarde en el hospital", termina el poema humorístico "Una aventura de Manuel Rodríguez" y corrige o completa otros de sus trabajos. Muere, poco antes de cumplir los treinta años de edad. Sus restos fueron sepultados en un nicho del Cementerio Católico de su ciudad natal.

LA FICHA PERSONAL

Carlos Pezoa Véliz nació en Santiago, el 21 de julio de 1879 y murió en la misma ciudad el 21 de abril de 1908. En su apariencia física, entre los veinte y treinta años, era un mozo bien plantado, pero de temperamento sumamente impresionable y propenso a los extremos de exaltación y desaliento de la neurosis. En su fisonomía se acusaba el contraste de la herencia mestiza, la piel blanca y la color subida, con el pelo duro y rebelde que él llevaba en ese corte "cuadrado" que acentuaba la dureza de sus facciones. Todo esto le daba un aire de deportista o militar antes que de poeta. Debió ser rubio en la niñez, y sus ojos aún guardaban un tinte claro, siempre húmedo y brillante, como si lagrimearan a cualquiera provocación. Su voz salía algo atropellada y su risa sonaba siempre un poco forzada y burlona.

Lo turbio de sus orígenes había cuajado en ciertas "represiones" y "complejos", como se diría ahora en jerga psicoanalítica, y lo precipitado de su cultura formal le llevaba a envidiar la mera erudición de camaradas que valían mucho menos que él. Solía decirle a uno de sus amigos.

—Si parece que guardaras todas las palabras clasificadas en un casillero, y no tuvieras más que alargar la mano para encontrarlas.

Pero si su agria experiencia de la vida le tentaba a aplicar a sus relaciones con el mundo un complicado simulacro de eso que llamaba su "táctica", hay que reconocer lealmente que en lo tocante a conciencia artística no hubo otro que le sobrepasara. Pudo haber comerciado con su talento, explotando la sonora cuerda patriótica o el tono sensiblero tan grato al grueso público; pero no quiso o no pudo violentar su naturaleza que le mandaba estrujar su cerebro en busca de la palabra esquiva o del giro novedoso a fuerza de ser espontáneo y natural.

Esto basta para justificar lo restringido y hasta fragmentario de su obra, lo cual se explica, por lo demás, por la necesidad de ganarse el sustento en tiempos en que no había editores ni público para una literatura nacional, ni diarios que pagaran siquiera una migaja de limosna a sus colaboradores.

Los amigos de mayor intimidad de Carlos Pezoa Véliz no dejaron, al parecer, memoria escrita de sus relaciones con el poeta. El profesor Herrera Sotomayor dio algunos informes del período de la adolescencia de aquél, pero quedan siempre en la oscuridad su nacimiento y su infancia. El obrero porteño Juan Luis Jerez, camarada de Pezoa en sus correrías porteñas, recordaba retazos de sus "versos de ciego", citando algunos de este corte convencional:

*Vengo a cantar de memoria
en este instante un momento,
a cantar con sentimiento
tocante al Cielo y la Gloria.*

Esta muestra parece suficiente para lamentar de antemano que se quiera exhumar la obra clandestina de Pezoa Véliz, a la cual por muy justas razones no quiso concederle su paternidad, ocultándola tras un nombre supuesto. Ojalá el concienzudo crítico que tal intenta no sucumba a las tentaciones "exhaustivas" del bibliógrafo y se ahorre una mala acción, que a eso monta la exhibición de las liviandades de un autor, bajo el imperio de la necesidad, y peor todavía si ya no está en condiciones de defenderse.

El crítico argentino Enrique Espinoza encuentra ciertas semejanzas entre la obra y la formación personal de Pezoa Véliz con el poeta de los arrabales porteños de Buenos Aires, Evaristo Carriego. Uno y otro no desdeñaron tomar la porción más humilde y menos promisoriosa en apariencia de la vida ambiente, y lograron presentarla con los rasgos de nobleza y simpatía comunicativa de la obra de arte. La historia de una literatura tiene también sus normas de justicia, y sabe premiar con la supervivencia a quien no desdeña los humildes materiales que le fueron familiares.

Otro crítico eminente, Baldomero Sanín Cano, alcanzó a darse cuenta en Colombia de la existencia de Pezoa Véliz, y se dolió del aislamiento en que vivimos los hispanoamericanos, explayándose en otras consideraciones de largo alcance, como podrá verse en esta misma revista. Una edición bien cuidadosa y restringida de los versos de Pezoa podría llevar su conocimiento a los demás pueblos de nuestra lengua y concurrir así a ensanchar su prestigio y prolongarlo en el tiempo.